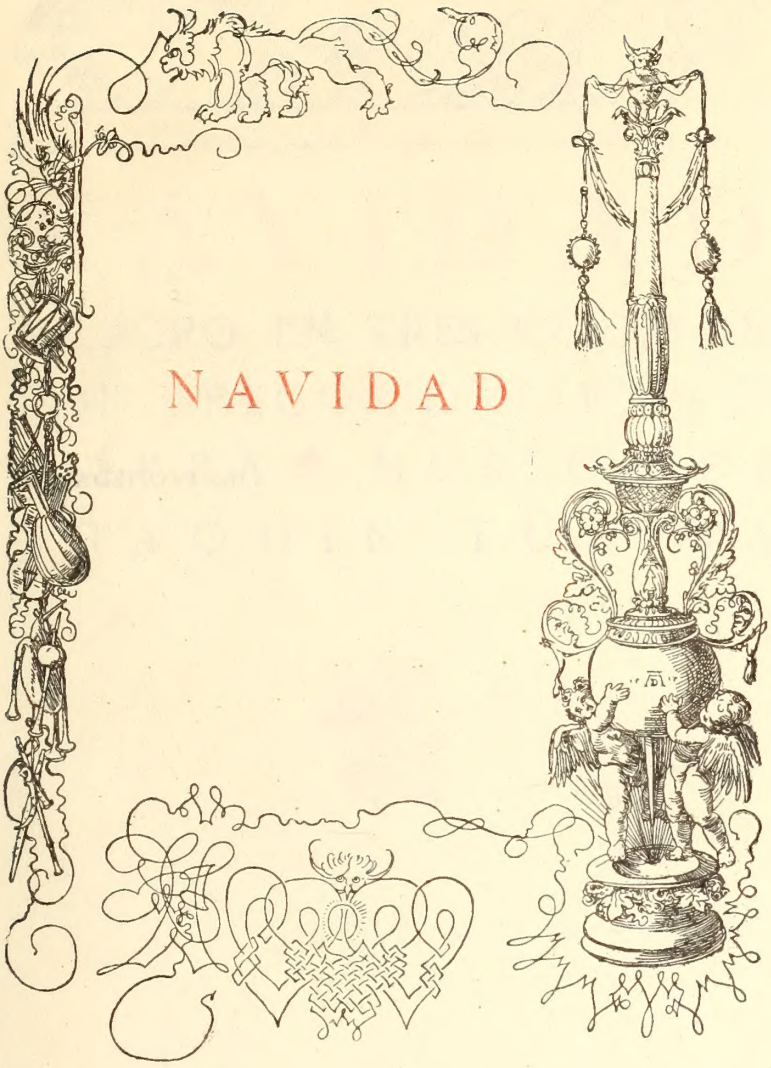
3 1761 09545910 3

Digitized by the Internet Archive
in 2013

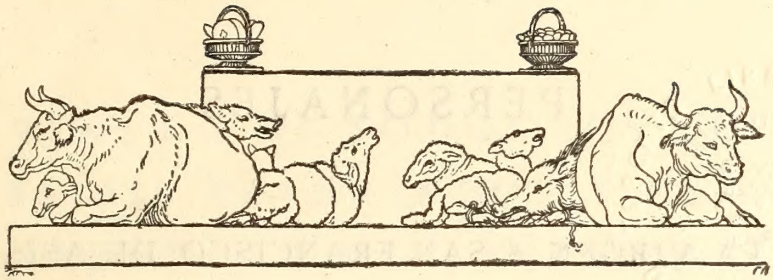
http://archive.org/details/navidadmilagroen00mart

# NAVIDAD



ES PROPIEDAD

LS
M3871H



# NAVIDAD

MILAGRO EN TRES CUADROS,
POR GREGORIO MARTÍNEZ
SIERRA ♣ MÚSICA DE
JOAQUÍN TURINA

15-3132
30/10/19

MCMXVI ♣ RENACIMIENTO

# PERSONAJES

LA VIRGEN ✻ SAN FRANCISCO DE ASÍS EL SACERDOTE ✻ EL ARCÁNGEL MIGUEL EL ARCÁNGEL RAFAEL ✻ EL ARCÁNGEL GABRIEL ✻ CINCO ÁNGELES ✻ LA BERNARDA LA SEÑÁ UBALDA ✻ LA MADALENA ✻ BAUTISTA ✻ EL SEÑOR SIMÓN ✻ EL SACRISTÁN LA NICASIA ✻ EL OBRERO ✻ EL MENDIGO EL GOLFO ✻ LA MADRE ✻ EL NIÑO ✻ SACERDOTES ✻ ACÓLITOS ✻ FRAILES ✻ MUJERES OBREROS ✻ MENDIGOS

VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÁIS TRABAJADOS Y CARGADOS, Y YO OS REMEDIARÉ

# CUADRO PRIMERO

INTERIOR DE UNA CATEDRAL gótica, en la noche de Navidad. Es el momento en que termina la Adoración del Niño, después de la Misa del Gallo, y ya los fieles han empezado a salir del templo, por una puerta lateral. La nave está llena de humo de incienso, de modo que se ve al mismo tiempo brillante y vagamente al fondo, el altar hecho un ascua de oro, resplandeciente, lleno de cirios. ¶ En el instante de levantarse el telón, el sacerdote celebrante, revestido también de blanco y oro, terminada la Adoración, vuelve el Niño al altar, en el que está una representación plástica del «Nacimiento» o de la «Adoración»: la Virgen de rodillas o sentada en su humilde trono de Belén, rodeada de ángeles. Luego, el celebrante y los que le acompañan, diácono, subdiácono, acólitos con ciriales, turiferarios, etc., desaparecen, entrando en la sacristía. ¶ Durante toda esta primera parte del cuadro, se oyen, se supone que viniendo del coro, los tradicionales cánticos de Navidad, acompañados por música alegre y pastoril. Duran hasta un momento después de haberse retirado el celebrante. ¶ Salen todos los fieles del templo. Quedan los últimos una señora y su hijo, niño de pocos años; ella le lleva de la mano, apresurándose un poco por salir; pero él va despacio, como arrastrado, con la cabeza vuelta, y sin apartar los ojos del altar donde está la Virgen.

LA MADRE

*(Con un poco de impaciencia.)* Vamos, hijo, vamos... Date prisa, que es tarde. ¿Qué miras?

EL NIÑO

Miro a la Virgen...

LA MADRE

Ya la has visto... anda...

EL NIÑO

¡No me quiero marchar!

LA MADRE

*(Sin comprender.)* ¿Por qué?

EL NIÑO

*(Afligido.)* Porque es Nochebuena, y la Virgen María se queda sola...

LA MADRE

Pero hijo...

EL NIÑO

Y está triste... Lo sé yo... ¡No quiero, no quiero, no quiero que se quede dentro de la iglesia, que luego cierran y va a tener frío... y el Niño también!... Y es Nochebuena... Mírala, mírala; ¿no lo ves que está triste?

LAS BODAS DE LA VIRGEN

LA MADRE

Lo que estás tú es muerto de sueño, y ya ni sabes lo que te dices... Anda, tápate bien, que está nevando... *(Le envuelve en la bufanda.)*

EL NIÑO

¡No me quiero marchar! ¡Señora! ¡Virgen María! ¡Quiero quedarme aquí contigo! ¡No me quiero marchar! *(Llorando.)*

LA MADRE

¡Anda, anda, que vamos a coger una pulmonía! *(Le arrastra, cogiéndole por los hombros, y sale con él del templo, sin que el niño deje de volver la cabeza para mirar a la Virgen.)*

Salen dos acólitos con apagadores, y apagan las luces del altar. Entonces se difunde por el templo —en el cual queda únicamente encendida, como una estrella, la lámpara del Sagrario—una luz de misterio y de milagro: es la luz de una clara luna de enero que, entrando por los vidrios de colores de los ventanales, y quebrándose en el humo de incienso, se irisa en nacarados y plateados reflejos. ¶ La música, de pastoril se trueca en celestial, y hay en ella, junta con la serena paz de la lograda bienaventuranza, una ansiedad extraña, la esperanza inquieta del milagro que va a suceder, y ya está floreciendo en el corazón de la Madre y del Hijo. Es un despertar, un amanecer, una promesa y una afirmación al mismo tiempo: un milagro, en

suma. ¶ El humo del incienso va desvaneciéndose. El cuadro plástico, en el fondo, sobre el altar, se anima adquiriendo realidad. La Virgen, los ángeles, son seres reales y humanos. ¶ La Virgen se incorpora, y tomando en brazos al Niño, que el celebrante ha dejado sobre el altar, le ofrece un instante a la adoración de los ángeles, que les rodean con embeleso y asombro. Se oye en la orquesta una canción de Navidad, que se supone cantada por los ángeles al son de los celestes violines seráficos; es muy distinta en carácter de las canciones pastoriles del principio: como que está dictada por la sabiduría sutil de los querubines y ejecutada por la inflamada inspiración de los serafines. Ya se sabe que los querubines son la sabiduría y los serafines el amor. La Virgen, casi inmediatamente, llevando al Niño en los brazos, echa a andar muy despacio y recorre la nave, como perdida en honda meditación; su corte de ángeles la sigue a distancia respetuosa, contemplándola con adoración y asombro. En silencio, los ángeles se interrogan unos a otros con la mirada, preguntándose con cándida emoción ante el prodigio: ¿Qué es esto? ¿Dónde vamos? ¶ Por los costados de la nave, viniendo sin duda de los altares laterales, que no se ven, aparecen algunos santos: los tres Arcángeles; San Miguel, con magnífica armadura y lanza, guerrero joven y arrogante; San Rafael, en traje de camino, con su pez de plata; San Gabriel, el Arcángel de la Anunciación, con su ramo de azucenas; San Francisco de Asís, con su pobre hábito de fraile, y en la mano el manojo de

rosas milagrosas de la Porciúncula. Todos adelantan hacia la Virgen, pero sin acercarse del todo a ella, y todos la miran con la inquietud adorante del milagro que presienten y aun no comprenden. ¶ El silencio del templo se intensifica. El aire se ha quedado tan quieto, que casi se pueden oír los latidos de los corazones. La lámpara del Sagrario brilla como lucero en noche africana. ¶ Se oye el repique medioeval del reloj de la torre, que llega al interior del templo un poco desgranado por el viento, que, sin duda, sopla fuera; son las doce y media; de modo que el reloj, después de la «tocata» de los dos cuartos, hace oír también las doce campanadas. Mientras suena el reloj, todas las figuras están inmóviles. La Virgen escucha como si el sonar de las campanadas fuese un llamamiento del mundo exterior, un clamor de la humanidad dolida, que, fuera del templo, pidiese compasión... escucha y resuelve: en cuanto el reloj deja de sonar—dejando un eco prolongado y resonante en la amplia nave silenciosa—, Ella hace un gesto de asentimiento, como si respondiese, afirmando, al llamamiento que su propio corazón le hace en favor de los desventurados, y se dirige con paso resuelto a la puerta lateral del templo, por donde han salido los fieles. ¶ Respetuosamente, los tres Arcángeles se adelantan, y poniéndose delante de la puerta, quieren cerrarle el paso. Ella con majestuoso y dulce ademán, les manda que se aparten. El Arcángel Rafael se inclina ante ella; pero le indica con expresivos ademanes que fuera, en el camino, hace mucho frío. La Virgen sonríe,

diciendo: «¡No importa!» Y adelanta un paso más. ¶ El Arcángel Rafael levanta el pesado tapiz que cierra la puerta; el viento helado del exterior entra en ráfaga violenta, y agita y descompone las tocas de la Virgen, y las doradas cabelleras de los ángeles. Los ángeles tiemblan de frío...; quisieran detener a la Señora, y hasta alguno de ellos, el más pequeño, la tira del manto para obligarla a volver al altar; pero Ella sigue sonriendo dulcemente, cada vez más resuelta: entrega el Niño a uno de los ángeles, que le envuelve en su manto, y envolviéndose en el suyo, emprende el camino, haciendo un ademán de graciosa autoridad al Arcángel Rafael, que vuelve a levantar el tapiz que ha dejado caer. ¶ Fórmase entonces la humilde y celestial comitiva. Va delante el Arcángel Miguel, *fortaleza de Dios,* caballero andante de la andante Dama. Sigue el ángel con el Niño en los brazos, bien envuelto en el manto. A su lado va el Arcángel Gabriel atendiendo al Niño. Sigue la Virgen, precedida respetuosamente por San Francisco, que es el que desde luego comprende y aprueba el milagro, y rodeada por su corte de ángeles: chiquillos intrigados, cándidamente curiosos, y en el fondo regocijados por la misteriosa escapatoria, ahora que ya comprenden que es irremediable. El más pequeño, el que antes ha querido detener a la Virgen tirándola del manto, llega hasta a hacer un gesto de burlona despedida a algunos de los santos que no han sido llamados al prodigio, y que sin duda se quedan en los altares petrificados en su secular inmovilidad de

«imágenes» sin vida; el espíritu de la corte angelical, es de cándido orgullo y regocijo por la misteriosa aventura nocturna, en la cual se sienten un poco cómplices. ¶ El templo queda solo. Hay en el aire como un hondo suspiro inefable. ¶ Sale un sacristán viejo con su inmenso y sonante manojo de llaves. Recorre la nave, pasa delante del altar, hace el registro de todo el templo... y no se entera de nada. Se detiene en el centro de la nave y recoge del suelo una de las rosas de la Porciúncula, que San Francisco ha dejado caer...: es una rosa prodigiosa, de belleza extraña, fragante, palpitante como un corazón, luminosa con todo el fuego de la caridad, cuajada de rocío... lágrimas de penitencia hechas diamantes. La mira... pero no comprende, y encogiéndose de hombros, sin querer averiguar de dónde viene, sigue su camino y su ronda de inspección, sonando las llaves. ¶ El ángel más pequeño asoma la cabeza entre el tapiz, y se ríe de él, golpeándose la cabeza con los puños cerrados, para indicar que el sacristán es incapaz de entender ni sospechar siquiera lo que está pasando; luego desaparece. ¶ Al levantarse el tapiz, ha vuelto a entrar el viento de la noche; el sacristán se estremece, tiene frío, estornuda... Se dirige a la puerta, con gesto malhumorado, levanta el tapiz... pero no hay nadie... Cierra cuidadosamente la puerta, y atraviesa la nave, camino de la sacristía.

# CUADRO SEGUNDO

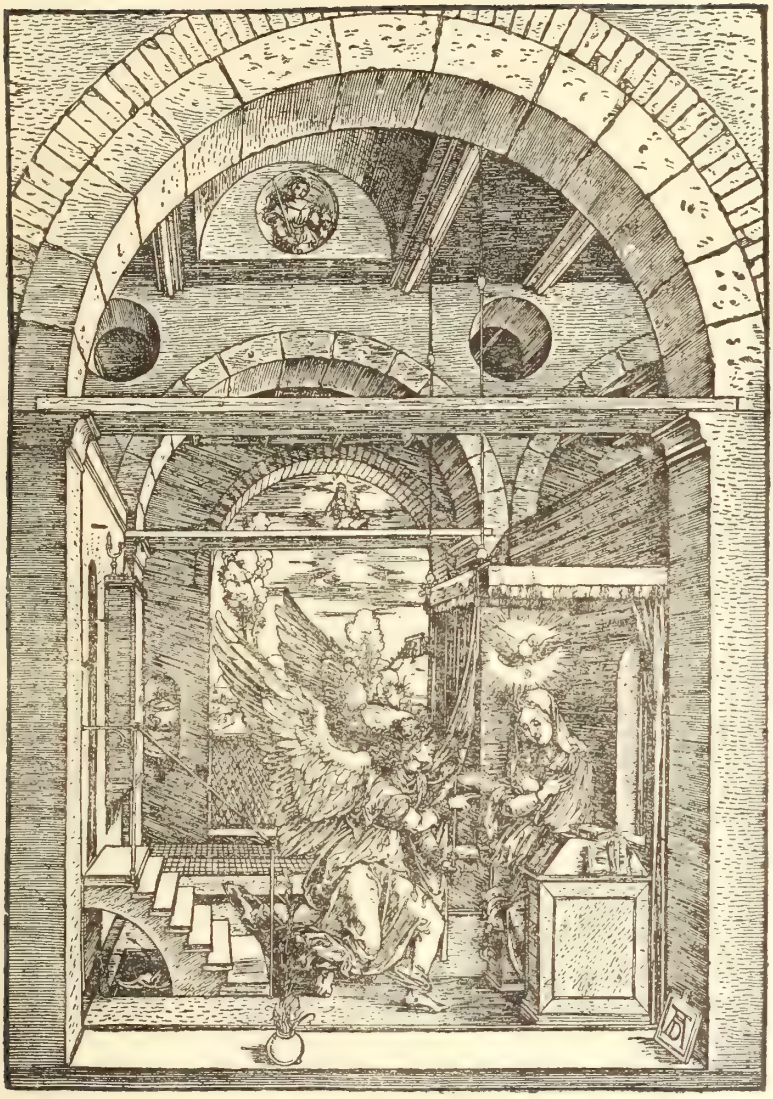
TELÓN CORTO. CALLE MUY estrecha, a la cual da una de las puertas de la catedral. ¶ Nieva copiosamente. Gran obscuridad, porque la luna está completamente oculta por las nubes. Más negras, en lo negro de la noche, las siluetas, apenas entrevistas, de las gárgolas, y los perfiles de algunas casuchas miserables. En lo alto, el áspero chirrido de las veletas movidas por el viento. Es el momento en que la Virgen y su corte han salido de la catedral. ¶ Del lado opuesto viene una turba de borrachos, hombres, mujeres, chiquillos, todos harapientos y miserables; apenas se les ve en la obscuridad: traen latas, panderos, almireces, y arman un ruido horrendo, celebrando a su modo la Nochebuena, que ya no saben lo que es. Una voz ronca de hombre, canta en el desaforado grupo:

¡Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad!
¡Dame la bota, Colasa,
que me voy a emborrachar!

¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande
que es la Nochebuena!

Todos ríen y hacen mucho más ruido con los bár-

baros instrumentos para marcar al estribillo. ¶ El grupo celestial aparece; pero aunque hay sobre él un tenue fulgor azulado, los borrachos no se enteran de su presencia, y pasan casi atropellando a la Virgen, que tiende las manos hacia ellos, como queriendo detenerlos, mientras Ángeles, Arcángeles y Santos, se estrechan en apretado grupo, intentando proteger a la Madre y al Hijo. ¶ Pasa y desaparece el grupo de borrachos; pero, de entre ellos, ha caído al suelo un chiquillo medio embriagado y medio dormido. Quiere levantarse, seguir al grupo en el cual, sin duda, va su madre, pero resbala en la nieve, vuelve a caer pesadamente, y queda tendido en el suelo. El grupo de la Virgen adelanta. Un ángel tropieza con el chiquillo que está en el suelo. Todos se inclinan a mirarle. El chiquillo levanta la cabeza, se incorpora a medias, se frota los ojos deslumbrados por el azulado fulgor que envuelve al grupo celestial. La Virgen, inclinándose un poco, le tiende las dos manos; el chiquillo mira como alucinado a la Virgen y luego al Niño, que está dormido en brazos del Angel. La Virgen sigue con las manos tendidas, sonriendo... El chiquillo se levanta como fascinado, poniéndose primero de rodillas y luego en pie, con las manos tendidas hacia las de la Virgen, pero sin tocarla... ¶ Hay un vivísimo fulgor y luego un momento de obscuridad absoluta.



LA ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN

# CUADRO TERCERO

CAMPO EN LAS AFUERAS de una gran ciudad moderna y ultracivilizada. ¶ En primer término, carretera (se supone que el proscenio la corta por el centro), así es que, formando cortina al resto de la escena, hay una de las filas de árboles que la limitan, desnudos y esqueléticos, puesto que es invierno, con las ramas cubiertas de nieve helada; sin embargo, a la izquierda, se alza un pino que se conserva verde, y la nieve que queda entre el ramaje, escarchada y brillante, le da aspecto de «árbol de Navidad». ¶ Detrás de la mísera cortina de árboles, están tendidas las vías del camino de hierro, que, como ya está cerca la ciudad, se entrecruzan en complicado laberinto. Al fondo, la silueta de la ciudad, un poco lejana, con el centellear intermitente de sus luces, y sobre ella el resplandor rojizo con que tiñe el aire empañado de invierno la intensa iluminación urbana. ¶ Ha dejado de nevar y ha salido la luna; sobre el suelo blanco de nieve, las sombras de los árboles de primer término se acusan fuertemente. ¶ Ha caído el viento y el aire está inmóvil, como de cristal. De vez en cuando unos cuantos copos de nieve se desprenden de las ramas de los árboles, y caen lentamente. Reina el silencio aterciopelado y frío de la nieve. La escena está un momento sola, y en la música, después de un momento de paz que da la sensación sorda, atercio-

pelada y fría de la nieve, tiembla el anuncio del milagro: es que la Virgen, rodeada por su corte celestial, se acerca... Y entran, trayendo todos sobre los mantos, sobre las alas, sobre las cabelleras doradas, copos de nieve fulgurantes a la luz de la luna. ¶ La comitiva es la de siempre, pero aumentada ahora por la presencia de Bautista, el chiquillo recogido en la calle, que conoce el terreno mejor que toda la corte celestial; las afueras heladas, desamparadas, inhospitalarias de la gran ciudad, son su hogar y su reino, y con arrogancia pueril sirve de guía al divino grupo, un poco perdido en la tierra... ¡tan fría! Va cerca de la Virgen, y a ella se dirige siempre que habla, porque comprende que es el «personaje» más importante del grupo, y quiere establecer entre Ella y su diminuta y harapienta persona un «compañerismo» al que cree le dan derecho sus funciones de «cicerone». ¶ En cuanto empieza el diálogo, cesa la música.

BAUTISTA

*(Saliendo antes que el grupo celestial, e indicando el camino.)* Por aquí, Señora. *(Aparecen la Virgen y su Corte, pero se detienen un instante.)* ¡Cuidado, no se vaya usté a caer al saltar la cuneta, que está la nieve la mar de escurridiza! *(Con acento de hombre superior.)* ¡Misté que tié el Ayuntamiento mal cuidás las afueras! *(Ofreciendo la mano a la Virgen.)* ¿Quié usté darme la mano pa saltar? *(Ofrece la mano a la Virgen; pero el Arcángel Miguel le aparta suavemente, y se inclina para dejar pasar a la*

*Virgen y al resto de la celestial comitiva, que entran en escena y adelantan un poco. Bautista se mira la mano con desconsuelo cómico, comprendiendo que no es digno de prestar ayuda a tan noble dama.)* ¡Muy limpia no está, pero...! *(Se limpia la mano, frotándosela contra la blusa, y, de pronto, le sobrecoge un respeto extraño... Quiere hablar y no se atreve... Por fin se dirige a San Francisco, que, con su hábito de fraile, le parece algo más familiar, y le dice en voz baja, tirándole de la manga.)* Oiga usté: ¿van ustedes de viaje?

SAN FRANCISCO

*(Poniendo con caridad una mano sobre la cabeza del chiquillo.)* La Señora ha salido esta noche de su casa para ir en busca de los que no se acuerdan de su hijo.

BAUTISTA

*(Intrigado.)* ¿De los que no se acuerdan de su hijo? ¿Quiénes no se acuerdan, y se tién que acordar? *(Creyendo comprender, gracias a alguna vaga reminiscencia de cinematógrafo.)* Ah... vamos... sí... Serán algunos parientes muy ricos que tenga; ¿no verdá?

SAN FRANCISCO

*(Sonriendo.)* No. Esta noche la Señora busca a sus hijos desamparados, a los que no pueden, a los que no saben acercarse a Ella, porque nadie les ha enseñado el camino.

BAUTISTA

*(Con inocencia.)* ¿El camino de dónde?

SAN FRANCISCO

De su corazón...

BAUTISTA

*(Mira al fraile queriendo comprender, queriendo preguntar, con ansiedad de inocente que adivina y teme; vacila, pero al fin se decide.)* Oiga usté... *(Mirando a la Virgen de reojo.)* y... ella... ¿es rica, o es pobre?

SAN FRANCISCO

*(Con dolido asombro.)* Pero... ¿no la conoces?

BAUTISTA

*(Con sencillez.)* ¿Yo? No, señor... Es la primera vez que la veo... ¡Lo que es por este barrio no ha venido en jamás de la vida!

*(Mientras hablan a un lado Bautista y el fraile, los ángeles han acercado unas cuantas piedras, y, amontonándolas bajo el pino verde, forman un rústico trono, en el cual se sienta la Virgen, tomando en brazos al Niño, que el ángel que le lleva le ofrece de rodillas.)*

BAUTISTA

*(Que, mientras hablaba San Francisco, no ha dejado de mirar a la Virgen de reojo, se precipita hacia ella.)* ¡Señora! Pero ¿se va usté a sentar aquí al descampao con la noche que hace? ¡Misté que se va usté a helar, señora! *(La Virgen sonríe.)* ¡Claro! *(Con sonrisa de hombre superior y enternecimiento de hombre muy hombre que hablase*

*con una niña.)* Es que está usté cansá... *(Meditando.)* El caso es que ahí arriba hay un ventorro... *(Rascándose la cabeza.)* Pero el caso es que va muy mala gente... ¡y como ustedes van tan elegantes!... y que esta noche estarán de juerga... *(Se oye lejano el rumor de la «zambra» en la taberna, y hasta el eco, apenas perceptible, de la voz del borracho que repite su cantar: «¡Esta noche es Nochebuena!»* ¡Digo; dende aquí se oye el ruido que arman, y eso que está el ventorro al otro lao del puente! *(Mira en derredor un instante, como preguntándose: ¿qué hacemos?)* ¡Aguarde usté! *(De pronto, como encontrando una solución, dirigiéndose al más pequeño de los ángeles, que sin duda por el poco tamaño le inspira más confianza.)* Venga usté conmigo... *(A la Virgen.)* Vamos ahí a la vuelta, a la casilla de los de consumos, que pué que se hayan ido a echar unas copas, y les podamos afanar un cacho estera vieja o un montón de paja, siquiera pa que ponga usté los pies. *(Echa a andar precipitadamente, llevando al ángel cogido de la túnica.)* Está aquí mismo. No tardamos na. *(Va a salir con el ángel, pero tropieza en un bulto que hay en la sombra, al pie de los árboles, junto a la cuneta: es un informe montón de trapos, papeles, paja, pedazos de estera. Bautista está a punto de caer.)* ¡Maldita sea! ¿Quién ha puesto esto aquí? *(El montón empieza a rebullirse, caen a un lado los trapos y papeles, y de entre la inmundicia sale la Bernarda; Bautista, al ver moverse el montón, da un paso atrás un poco sobrecogido, pero se avergüenza de su miedo, y, volviéndose al ángel, le dice con empaque.)* ¡No se asuste usté!

LA BERNARDA

*(Saliendo del montón, a medio despertar.)* ¿Eh?... ¿Qué?... ¿Quién?...

BAUTISTA

*(Reconociéndola.)* ¡Anda, si es la Bernarda! ¡Bernarda! ¡Despierta!

BERNARDA

¡Ah... eres tú! *(Con enfado, a Bautista.)* ¡Ya podías mirar dónde pisas, que me has deshecho un pie!

BAUTISTA

¡Levántate, mujer!

BERNARDA

¿Qué? ¿Vienen los guardias? *(Con sobresalto.)*

BAUTISTA

No. *(La Bernarda hace ademán de volver a acurrucarse.)* Pero levántate, que hay aquí una señora la mar de guapa y la mar de elegante...

BERNARDA

*(Con incredulidad.)* ¿Una señora?

BAUTISTA

*(Con insistencia apasionada.)* Sí; que anda buscando a unos parientes que dice que tiene, y que no sabe adónde están, pa que reconozcan a su hijo.

BERNARDA

¡Amos... tú estás sonámbulo!... ¡Déjame en paz!... (*Quiere volverse a dormir.*)

BAUTISTA

*(Excitado.)* Que es verdad. *(Al ángel.)* ¿Verdá usted? ¡No seas bruta! ¡Despierta! ¡Mírala! *(Sacude a la Bernarda, cogiéndola por un hombro, y la obliga a mirar hacia donde está la Virgen.)*

LA BERNARDA

*(Mirà de mala gana; pero, al ver a la Virgen, da un grito.)* ¡¡Aaah!! *(Temblando, con las dos manos apoyadas en el suelo, mirando como hipnotizada.)* ¡Es Ella, es Ella! *(Se levanta como una exhalación, atraviesa corriendo la escena y va a desplomarse a los pies de la Virgen, donde se queda como sin vida, con la cara escondida entre las manos y pegada al suelo. Bautista la contempla con estupor un poco envidioso, como si dijera: «¡Anda ésta... la conoce!... ¿Dónde la habrá visto?» Dos ángeles se inclinan con gracioso ademán y levantan del suelo a la Bernarda, que queda de rodillas contemplando a la Virgen y al Niño con expresión de extática bienaventuranza, y que balbucea jadeante.)* ¡Señora... Señora!... Eres tú... *(Con apasionamiento casi sollozante.)* ¡Es Ella, Bautista! *(Cogiéndole de la mano y tirando de él con fuerza, pero sin apartar los ojos de la Virgen.)* ¡Arrodíllate!... ¡Es Ella!

BAUTISTA

*(Arrodillándose junto a la Bernarda, sugestionado, pero sin comprender.)* ¡Ella!... ¿Quién?

BERNARDA

*(Con apasionamiento.)* ¡Ella!... ¡La misma! ¡Mira..., mira!... *(Saca de entre los andrajos del pecho una miniatura en un medallón que se supone reproduce el «Magnificat», de Botticelli, y compara con ansiedad y embeleso la pintura y el grupo celestial que tiene delante.)* ¡La misma! *(Con adoración.)* ¡La Virgen María! *(Con embeleso.)* Sí..., es Ella, Ella, con el pelo de oro, con el manto azul... ¡y el Niño!... ¡Y los ángeles! ¡La Virgen María! ¡La que está en la Iglesia! ¡La que está en el cielo! *(Acercándose de rodillas, como alucinada.)* ¡Es la misma! *(Volviéndose a Bautista.)* ¿Verdad, Bautista que sí que lo es?

BAUTISTA

*(Con un poco de malhumor envidioso.)* ¿Quién te ha dao a ti ese medallón?

BERNARDA

*(Con rubor.)* No me lo ha dao nadie: me le he encontrao en la basura de casa la señora condesa...

BAUTISTA

*(Con mala idea.)* ¿Y no lo has devuelto? ¡Pues sí que eres una trapera honrá!

LA VISITACIÓN

BERNARDA

*(Con apasionamiento, a la Virgen.)* ¡Sí que lo soy, Señora, sí que lo soy! *(Haciendo cruces.)* ¡Por éstas! ¡Que no me he quedao nunca ni con tanto así, que siempre devuelvo to lo que me encuentro..., y que me he encontrao cucharillas de plata la mar de veces, y un día una perla así de gorda, que se le había caído de un pendiente a una señorita, y la habían barrido..., y otro día una sortija de oro con una piedra azul, sí, señora; que soy trapera, pero soy decente!

BAUTISTA

*(Insistiendo.)* Sí; pero eso... *(Señala al medallón.)*

BERNARDA

*(Con exaltación entre dolorosa y enamorada.)* ¡Esto, no señora! Esto, no... *(Con rubor.)* Aquí lo llevo... sin que lo vea nadie..., ya va para dos años... ¡Y lo he querido devolver más de setenta veces! *(Con sinceridad exaltada.)* ¡Sí, señora! *(Con dulzura.)* ¡Y no ha podido ser! *(Con amor.)* Que cada vez que lo miro... *(Mirando al medallón con embeleso.)* me mira el Niño a mí, y parece que me dice: «¡Bernarda, no me lleves entoavía... déjalo pa mañana, que quiero estar contigo un día más!» *(Humildemente.)* Pero ahora sí que lo llevaré, si usté me lo manda... *(Con los ojos arrasados en lágrimas de gozo.)* ¡Porque como ya... les he encontrao a ustedes!... *(Se queda como en éxtasis, contemplando a la Virgen y al Niño, sonriendo*

*y con los ojos llenos de silenciosas lágrimas, con las manos juntas y muy apretadas.)*

BAUTISTA

*(Mira a la Bernarda, mira a la Virgen y al Niño, esforzándose por comprender; por fin se levanta muy despacio y se acerca a San Francisco.)* Oiga usté... ¿es verdá lo que dice ésta?

SAN FRANCISCO

*(Sonriendo.)* Sí...

BAUTISTA

*(Da un paso con temor hacia la Virgen.)* El niño está dormido...

SAN FRANCISCO

Para que no temáis acercaros a Él... *(Bautista se acerca poco a poco con precaución.)*

LA BERNARDA

*(Con adoración ingenua.)* ¿Me deja usted que le dé un beso? *(La Virgen inclina la cabeza en señal de asentimiento. La Bernarda se levanta, se acerca, y volviendo a arrodillarse junto al Niño, le besa la mano.)*

BAUTISTA

*(Con envidia.)* ¡No eres tú nadie!... ¡Un beso!

SAN FRANCISCO

*(Empujándole suavemente.)* Anda tú también.

BAUTISTA

¡Yo! *(Muy turbado, se acerca, se inclina, se limpia bien la boca con la manga y besa la mano del Niño: entonces comprende, y con exaltación, brillándole los ojos, exclama.)* ¡Y dice mi padrastro y el señor Simón que to es mentira, que no hay cielo, ni Virgen, ni Niño Jesús, que no hay más que las Ánimas! *(Con desdén.)* ¡Las Ánimas! *(Con resolución repentina.)* ¡Ahora veréis vosotros si no hay más que las Ánimas!

BERNARDA

¿Dónde vas?

BAUTISTA

*(Con entusiasmo de apóstol.)* ¡Al ventorro... al lavadero... ahí arriba a la fábrica... a toas partes... a llamarles a todos.... que vengan... que vean que sí hay Virgen y Niño, que es verdá... *(Llamando.)* ¡Madre... tío... señá Ubalda... señor Simón... todos... vengan ustés todos... que está aquí la Virgen... que se ha aparecido... que viene a buscarnos... que ha traído al Niño!... *(Sale como iluminado, gritando.)* ¡Madre... señá Ubalda!... ¡Señor Simón!... ¡Que está aquí la Virgen!... *(Lejos.)* ¡Que está aquí la Virgen!

*(La Bernarda se ha quedado extática, sin moverse, a pesar de las voces de Bautista.... empieza a hablar balbuciente, como si no fuese ella la que hablara, sino el espíritu dentro de ella; pero, poco a poco, su voz se va afirmando*

*en exaltación mística y apasionada. Cuando empieza a hablar, una viva luz rosada parece caer del cielo, que se abre y envuelve al grupo celestial y a la vidente. Suena una dulce música que acompaña los versos, subrayando y acentuando la emoción de la recitadora.)*

BERNARDA

*(Recitando.)* «¡Hoy es Nochebuena!...»
La copla decía.
¡Todos la cantaban!
¡Nadie la entendía!

La Virgen pasaba...
¡Nadie la veía!
Lleva al Niño en brazos...
¡Nadie lo sabía!

Llamaba a las puertas...
¡Ninguna se abría!
¡El Niño lloraba
De frío que hacía!

—¡Madre, tengo frío!
—¡Es que está nevando!
—Es que no responden
los que voy buscando!
—¡Hijo, están durmiendo!
—¡Madre, están pecando!

Una voz cantaba...
De lejos se oía..,
¡Qué clara sonaba
En la noche fría!

«¡Hoy es Nochebuena!»
La copla decía...
Todos la escuchaban...
¡Nadie la entendía!

*(Con inquietud.)* —¡Bernarda, Bernarda!
—¿Qué quieres, bien mío?
—¡A tu puerta llamo,
Temblando de frío!...
—¡Señor, yo no tengo
Leña ni carbón!
¡Enciende la hoguera
De tu corazón!
Su lumbre me basta...
*(Con iluminación.)* —¡Toda es para ti,
Que, por esperarte,
Nunca la encendí!

*(El rosado resplandor celestial se apaga; la escena queda sumida en obscuridad casi completa. Se oyen pasos y voces confusas de un grupo que se acerca con agitación. Bautista viene guiando y habla exaltadamente.)*

BAUTISTA

¡Sí que es verdá! ¡Sí que es verdá! ¡Por la salú de mi madre! ¡Vengan ustedes! *(Entra seguido del grupo.)*

*(El grupo es bastante numeroso. Se destacan de él la señá Ubalda, mujer de cincuenta años, pero envejecida por el poco comer y el mucho sufrir; tiene el pelo muy blanco, vivo y encrespado; la cara, demacrada; los ojos, alegres por el aguardiente. Trae una lata y taña desaforadamente. La Madalena, que es mujer de treinta años, de hermosura arrogante y provocativa, muy pintada, muy emperejilada, a lo golfa barata, un poco descompuesta, también, por un principio de embriaguez. El Obrero, hombre de cuarenta años, forzudo y bestial; el Mendigo, viejo, cojo, manco y casi ciego, pero de muy buen humor; la Nicasia, mujer del Obrero, delgada, pálida y anémica, pero bastante agraciada, aunque pobrísimamente vestida; el Golfo, colillero, de edad indefinida, andrajosísimo y chulo, y el señor Simón, tabernero socarrón y redicho, bien vestido y con capa y gorra. El resto del grupo lo forman hombres y mujeres miserables, lavanderas, barrenderos, mendigos...)*

SEÑÁ UBALDA

*(Cantando con voz ronca.)*

¡Ande, ande, ande, la marimorena!
¡Ande, ande, ande, que es la Nochebuena!

SIMÓN

Calle usté, señá Ubalda, que tié usté la voz ronca.

SEÑÁ UBALDA

*(Muy contenta.)* ¡No me da la gana! *(Canta.)*

En el portal de Belén
Hay un hombre haciendo gachas,
Con la cuchara en la mano,
Convidando a...

BAUTISTA

*(Interrumpiéndola.)* ¡Cállese usté, que está el Niño dormido!

NICASIA

¡Vaya una oscuridá!

MADALENA

¡Y vaya un camino! *(Da un tropezón.)* ¡Ay!

GOLFO

Arrímate a mí, a ver si caes en blando.

MADALENA

¡Quita allá, sarnoso!

MENDIGO

¡Pues no está hoy poco fina de gusto la Madalena!

SEÑÁ UBALDA

*(A Bautista.)* Pero ¿ande nos llevas, arrastrao?

BAUTISTA

*(Con exaltación.)* Aquí... aquí... ¿no se lo he dicho a ustedes? Aquí... junto al puente...

SIMÓN

Bueno... pero ¿y pa qué?

BAUTISTA

*(Con inquietud, al darse cuenta de que la Virgen ha desaparecido.)* ¡Pa ver a la Virgen!

SIMÓN

¿Y ande está?

SEÑÁ UBALDA

Sí... ¿ande está?

SIMÓN

¡Porque lo que es yo, no la veo!

UBALDA

Ni yo.

MADALENA

¡Ni yo tampoco!

BAUTISTA

¡Sí, sí, aquí está... aquí estaba!

GOLFO

¡Estaba!

MADALENA

¡Estabas tú soñando!

BAUTISTA

*(Con angustia.)* No... no...

MENDIGO

¡Vaya una guasa, niño!

GOLFO

¡Valiente broma!

SEÑÁ UBALDA

¡Sabes que tiés alma de sacarnos de ande estamos calientes pa traernos a campo traviesa, con esta nochecita!

SIMÓN

¡Te merecías algo!

BAUTISTA

(*Con desesperación.*) ¡Es verdá! ¡Es verdá! Estaba aquí... con el Niño... y los ángeles... y un fraile... junto al pino...

MADALENA

(*Cantando con guasa.*) ¡Yo me arrimé a un pino verde!...

BAUTISTA

(*Desesperado.*) ¡Calla, que te va a oír!

SIMÓN

¡Niño, tú estás peneque!

MADALENA

¡Angel de Dios, sí que la has tomao buena!

MENDIGO

¡Echarle al río, pa que se le pase la mona con el remojón!

BAUTISTA

(*Con fe angustiada.*) ¡Estaba... estaba! ¡Por éstas que estaba!... ¡Y está! ¡Mas que no la veamos, está! (*Con fe de la que mueve montañas.*) ¡Señora, que han venido a buscarte, porque yo se lo he dicho! ¡Señora, que somos nosotros! ¡Señora, que estamos aquí!

(*Desciende del cielo vivísimo fulgor, y el grupo celestial aparece de nuevo. Bernarda está en pie al lado de la Virgen, y tiene en la mano una de las rosas de San Francisco.*)

BAUTISTA

(*Delirante de gozo.*) ¡Aaah! ¿Lo veis? ¡Miradla, si es que tenéis ojos en la cara!

(*Del grupo sale un rumor confuso y prolongado:* ¡Era verdad!... ¡Era verdad!.... ¡La Virgen!... ¡El Niño!... ¡Es verdad! *Todos adelantan un poco, como fascinados por la aparición, y todos retroceden luego, sobrecogidos por temor sobrenatural.*)

SAN FRANCISCO

Acercaos.

EL GRUPO

(*Sordamente.*) ¿Nosotros?...

EL NACIMIENTO DE CRISTO

SAN FRANCISCO

La Señora os espera.

EL GRUPO

(*Sordamente.*) ¿A nosotros?...

SAN FRANCISCO

Jesús os llama.

EL GRUPO

(*Sordamente.*) ¡A nosotros!...

SAN FRANCISCO

A los pobres, a los ignorantes, a los pecadores, a los incrédulos, a los desesperados, a los hambrientos, a los explotados, a los oprimidos... ¿No oís cómo su voz os dice: «¡Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os remediaré!»?

SEÑÁ UBALDA

*(Sordamente.)* ¿Trabajaos? ¡Como negros!... ¿Cargaos? ¡Como burros! ¡Hartos de vivir en este mundo perro, y deseando que le llegue a uno la hora de estirar la pata! Digo si lo está uno... ¿eh, compadre?

*(Rumor sordo de asentimiento en todo el grupo.)*

SAN FRANCISCO

¿A qué aguardáis, entonces?

UBALDA

Tié usté razón. ¿A qué aguardamos? *(Al grupo.)* Andando... acercarse... ya que la Señora ha tenío el gusto de darse una vuelta por el barrio...

*(Todo el grupo se acerca, y envuelve a la Virgen y a sus acompañantes con rumor como de oleada. Las mujeres van delante, y se acercan más, con curiosidad ilusionada y casi alegre. Los hombres se quitan las gorras, y van detrás de ellas, más recogidos.)*

SIMÓN

*(Se queda fuera. Se quita también la gorra, y se rasca suavemente la cabeza, meditando.)* ¡Hay Dios!... ¡Paece que sí!... ¡Vaya, me alegro!

SAN FRANCISCO

*(Poniéndole una mano en el hombro.)* ¿No lo creías? ¿No lo sabías? ¿No te lo habían dicho nunca?

SIMÓN

¡La mar de veces!

SAN FRANCISCO

¿Entonces?

SIMÓN

*(Con pausa y acento marcadamente madrileños.)* Misté... la verdá... uno no cree lo que dicen ustés los curas y los frailes... y no se ofenda usté, porque como a ustés les trae cuenta pa la prosperidaz del negocio el

que la gente se lo crea, pues dice uno: ¡A saber!... Claro es que siempre le queda a uno su reconcomio dentro, y dice uno pa sí: ¡Hombre... después de to... pué que sea verdá, aunque ellos lo digan!

SAN FRANCISCO

*(Con suave reproche.)* ¡Simón!

LAS MUJERES

*(Al Niño.)* ¡Precioso, resalao, cara e rosa!

SEÑÁ UBALDA

¡A ver si hay quien le eche una copla al hijo e Dios padre!

SIMÓN

Y misté... se alegra uno de que sí que lo sea... porque de haber Dios, tié que haber, por lo menos, lo menos, purgatorio... y aunque uno, por el aquel de dar gato por liebre, y de echarle agua al vino, si se tercia, se tenga que ganar algun tizonazo, consuela de pensar en las sesiones de parrilla eléztrica que se tién que llevar otros con más motivo.

SAN FRANCISCO

*(Con suave reproche.)* ¡Simón!

SIMÓN

¡Lo primero de to, la justicia! Uno la hace ascos, porque como está acostumbrao a que en la tierra no

la haiga pa nadie, la verdá, no le gusta a uno ser el único que caiga de primo; pero, siendo pa tós, cuanta más mejor, y que cada palo aguante su vela. *(Muy convencido.)* ¡Me alegro que haiga Dios! ¡Me alegro! ¡Me alegro!

*(Las mujeres, rodeando a la Virgen, unas en pie, otras acurrucadas, otras de rodillas, admiran al Niño y le hacen fiestas.)*

UBALDA

¡Miale qué boquita!

MADALENA

¡Mira qué ojos de cielo!

UBALDA

¡Mira tú pa acá, Emperador de toa la tierra!

NICASIA

¡Se ríe!

UBALDA

¡Paece que va a hablar!

NICASIA

¡Habla, galán, habla!

MADALENA

¡Bendita sea la hora en que naciste!

NICASIA

¡Y la madre que te ha echao al mundo!

UBALDA

¡Y los pechos que te han dao de mamar!

NICASIA

¡Ay, se vuelve a dormir!

OBRERO

*(Con aspereza y timidez.)* ¡Amos, apartarse, mujeres, que estáis molestando!

SIMÓN

*(Muy digno.)* ¡Tié razón!... Siempre sois lo mismo... No tenéis miramiento pa na... ¡Apartarse!

NICASIA

¡Pa que os pongáis los hombres los primeros, como en toas partes! ¡Ay hijo, aquí no hay hombres ni mujeres, que tós semos hijos de Dios!

UBALDA

*(Muy convencida.)* ¡Fastidiarse!

BERNARDA

*(Humildemente, a la Virgen.)* ¿Verdá usté que no molestamos, Señora?

UBALDA

¡Dios le premie a usté la buena ocurrencia de haberse acordao de los pobres!

BAUTISTA

(*Muy decidido.*) ¡Lo que tié usté que hacer es quedarse a vivir pa siempre con nosotros!

TODOS

(*Con entusiasmo.*) ¡Eso, eso! ¡Quédese usté, Señora, quédese usté!

UBALDA

Que les quedremos a su Hijo y a usté, más que los ricos, si a mano viene.

OBRERO

(*Rompiendo a hablar, con torpeza y timidez.*) Sí, Señora... y con más desinterés... aunque nos esté mal el decirlo... que a ellos, al fin y al cabo, les han dao ustés tó lo de este mundo... y nosotros... con perdón sea dicho... poca cosa les tenemos a ustés que agradecer...

NICASIA

(*Asustada y diplomática.*) ¡Cállate, que se va a incomodar!

OBRERO

Ya me callo.

BERNARDA

¡Ay, sol del cielo, quién te tuviera en brazos!

UBALDA

¡Déjemele usté, Señora, un momento na más!

NICASIA

¡No, a mí!

BERNARDA

¡A mí!

MADALENA

*(Con ansiedad de amor.)* ¡A mí, Señora, a mí! *(Tiende los brazos apasionadamente.)*

UBALDA

¡Quita allá, pelindrusca! ¡Qué va a ser pa ti, si llevas más pecaos encima tu cuerpo que pelos postizos en la cabeza!

*(Madalena retrocede llena de vergüenza, y va a caer de rodillas un poco más lejos, tapándose la cara con las manos.)*

EL GOLFO

No, que será pa usté, que no pué usté lamerse de aguardiente que ha pimplao usté esta noche...

UBALDA

*(Muy convencida.)* ¡Porque es Nochebuena!

GOLFO

¡Pa usté tó el año es Pascua!

OBRERO

*(A la Virgen, confidencialmente.)* ¡Señora... más bo-

rracha que ésta, no ha nacío de madre!... ¡Es capaz de beberse hasta el recuelo de la colá!

GOLFO

Y una noche sí y otra también, duerme en la prevención.

UBALDA

*(Con apasionamiento.)* ¡Pero duermo!.... ¡Y si no bebiera, no dormiría! *(Con sentimiento trágico, a la Virgen.)* ¡A ver qué va una a hacer más que beber, Señora! Mi hombre era como éste... *(Coge de un brazo al Obrero, y le trae con fuerza al pie de la Virgen.)* y lo mató la máquina... y no me dieron na, porque dijeron que había sido por imprudencia suya... amos... lo mismo que si hubián querido decir que se había matao por gusto... y he tenío siete hijos, que los quería lo mismo que quedrá usté al suyo, Señora, y cuatro se me han muerto en mantillas, de hambre, Señora, de hambre *(Con apasionamiento, golpeándose el pecho.)* que mamaban de aquí, y a ver qué les iba a dar yo, si cada día estaba el pan más caro, y el carbón más caro, y el chamizo en que vive una más caro, y no entraba en mi cuerpo cosa caliente... Y de los tres que me han llegao a grandes, dos mozos y una moza, que ojalá se me hubieran esgraciao de pañales, lo mismo que los otros, al más chico, que era un cacho e pan, se lo llevaron a servir al rey, y lo han matao los moros *(Con amargura dolorosa.)*, que de qué le habrá servío al rey que me maten los moros a mi hijo, ni de qué le

LA ADORACIÓN DE LOS REYES

iba a servir tampoco que mi hijo hubiá matao a otro moro que tendría madre igualito que él y gana de vivir lo mismo que él... *(Sin respirar, jadeante.)* Y al mayor lo tengo en presidio *(Sordamente)* porque le dió una puñalá a un señorito que deshonró a su hermana..., y ella anda por ahí lo mismo que ésta... *(Cogiendo de un brazo a la Madalena, que está en un rincón de rodillas, y arrastrándola hacia la Virgen, a cuyos pies viene a caer. Con voz ronca y delirante.)* ¡Qué voy a hacer más que beber, Señora, si en cuanto que no bebo y llega la noche *(Con alucinación, rechazando con las manos las sombras que cree tener delante.)* los veo a tós con la boca abierta, con los ojos cuajaos... pidiéndome pan... llamándome madre... cogiéndose a mis faldas... *(Tapándose los ojos y retrocediendo con delirio.)* ¡No los quió ver, no los quió ver, no los quió ver!

*(Unos cuantos hombres y mujeres la sujetan y la rodean.)*

SIMÓN

*(Con rudeza afectuosa.)* ¡Amos, señá Ubalda, no se ponga usté así!

OBRERO

*(Con timidez.)* Tié razón, tié razón. *(A la Virgen.)* Tó está cada día más malo, Señora... echa uno el alma trabajando... ¡y na!

NICASIA

¡Y dicen que cá día hay más dinero!

GOLFO

Y que cá día se inventan cosas nuevas pa que dé más el campo y haiga más cosechas.

SEÑÁ UBALDA

*(Sordamente, limpiándose los ojos y volviendo a acercarse.)* Y máquinas pa hacer el pan más aprisa...

OBRERO

Y pa sacar más pronto el carbón de las minas...

NICASIA

Y pa que salga la tela más barata...

GOLFO

Y miusté cómo vamos... *(Señalando a los andrajos que dejan por los rotos la carne al descubierto.)* Terno de vicuña con adornos de piel...

MENDIGO

Y yo no he cenao caliente hace cuatro noches... y no digo comer, porque hace tiempo que he tomao la costumbre de dormir de día, pa no enterarme de cuándo dan las doce, que dicen que es la hora de sacar el puchero...

NICASIA

¡Eso era antes!... Ahora pa comer sopas de ajo hay que ser rico.

MENDIGO

*(Con sorna.)* ¡Rico!... Dicen que un millonario se ha suicidao porque había puesto una fábrica de hacer zapatos, y tantismos ha hecho que no ha habío en el mundo quien se los compre, y se ha tenido que pegar un tiro...

GOLFO

Y ¿ande estará el calzao, digo yo?... *(Enseñando el pie, calzado con rotísimas alpargatas.)*

SEÑÁ UBALDA

Se lo habrán guardao los acaparadores a ver si con la escasez se pone un poco más caro.

MENDIGO

¡No apurarse, que tó es cuestión de tiempo, criaturas! En cuanto sale callo en la planta del pie, está demás la suela, ¡qué demonio!

NICASIA

Se ríe una de tó, por no llorar, Señora; pero lo que una pasa, sólo una lo sabe.

SIMÓN

¡Camará y que no sois pelmas que digamos! Pa un día que os viene a visitar la Señora, no se os ocurre más que contarle lástimas... ¡Sí que va quedar arregostá a volver por aquí!

SEÑÁ UBALDA

¡Se le cuentan las penas porque tié cara e santa; pero no se le pide na, pa que usté se entere!

GOLFO

¡Lo cual no quita pa que si Ella tié voluntad de dar algo...!

MADALENA

*(Con sollozos angustiados, cogiéndose al manto de la Virgen.)* ¡Piedad, Señor! ¡Misericordia, Señor!

SIMÓN

*(Mirando a Madalena, que está a los pies de la Virgen, tirada en el suelo.)* ¡Anda ésta!... ¡Siempre lo más arrastrao ha de ser lo más atrevido! ¡Apártate, que le estás manchando el manto a la Señora!

MADALENA

¡Ya sé que mancho sólo con mirar, pero no me quitéis de aquí! ¡Piedad, Señor! ¡Misericordia, Señor! *(Con exaltación, retorciéndose y golpeándose el pecho.)* Soy la escoria del mundo... llevo encima el veneno de todos los pecados. ¡Soy el árbol podrido..., soy el fruto amargo..., soy el pan amasado con llanto y ceniza!... *(Gritando.)* ¡No pido perdón... pido penitencia! *(Delirante.)* ¡Que todas las espinas del camino se me claven en los pies descalzos... que me escupan... que me ti-

ren piedras... que me arrastren, que me pisoteen, que me hagan pedazos... ¡Penitencia, Señor! ¡Penitencia, Señor! ¡Fuego que abrase la lepra de esta carne! *(Se deja caer de bruces en el suelo, y solloza desesperadamente.)*

SIMÓN

*(Con sorna.)* Pues no te ha entrao a ti poco fuerte el histérico.

BERNARDA

*(A la Virgen, con un poco de temor.)* ¡Es la Madalena... una golfa de la calle, Señora!...

BAUTISTA

*(Muy convencido.)* Pero tié buen corazón, que a mí me ha convidao a café la mar de veces.

MADALENA

*(Arrancándose el cabello.)* ¡Penitencia, Señor! ¡Penitencia, Señor! *(Con aguda contrición desesperada.)* ¿Dónde hay un pozo para hundirme? ¿Dónde hay una cárcel para emparedarme? ¿Dónde hay un desierto para enterrarme en vida y que nadie me vea?

SEÑÁ UBALDA

¡No eres tú nadie echando roncas, hija! Paece que no ha habío en el mundo naide que haiga pecao antes de pecar tú.

MADALENA

*(A un tiempo sorda y exaltadamente.)* ¡Yo soy más miserable que nadie!

SEÑÁ UBALDA

¡Eso que se te quite de la cabeza! Ca uno tenemos lo nuestro, que tós semos de carne y hueso... Lo que hay que no semos leídos y escribidos y no sabemos decirle a la Señora, con palabras finas: ¡Señora, soy un pingo de la calle! Los demás nos callamos y tú das voces, pero no tó es dolor de corazón... es que el que tié vergüenza, tié vergüenza hasta pa arrepentirse, y el que está acostumbrao a dar escándalo, pues escandaliza hasta pa confesarse... ¡Quita de ahí! *(A los demás.)* ¿Digo bien?

OBRERO

*(Con un poco de confusión.)* Claro está... ca uno tié lo suyo.

SEÑÁ UBALDA

Máxime más que donde aprieta demasiao el hambre, no se tié la cabeza a diario lo firme que se debe de tener pa no salirse del camino derecho.

GOLFO y MENDIGO

¡Ele!

MADALENA

*(Sordamente.)* ¡Yo no he pecado por hambre! ¡He pecado por ansia de querer y de que alguien me quiera! ¡No me ha querido nadie nunca! *(Volviéndose a la Virgen.)* ¡No he tenido padre, Señora, ni madre, que la que tuve me dejó en un torno, y no sé qué ansia me dejo aquí, al dejarme, que desde antes de saber

LA CIRCUNCISIÓN DE CRISTO

hablar, he estado suspirando por un beso suyo! ¡Tenía quince años y no me había dado nadie un beso, Señora!

GOLFO

¡Pero anda, que después te has desquitao, amiga!

MADALENA

*(Con amargura.)* Después... después... *(Con desesperado arranque.)* ¡No me ha querido nunca nadie, Señora; no me ha querido nadie *(Con fiereza.),* ni yo he querido a nadie!

BAUTISTA

Se ha despertao el Niño... te está mirando...

BERNARDA

Acércate, que dice aquí el señor *(por San Francisco.),* que a todos nos busca y a todos nos quiere...

MADALENA

*(Volviéndose a mirar al Niño.)* ¿Me miras tú, Señor? ¿Qué me quieres decir con esos ojos tristes, que yo no te entiendo? *(Con humilde y arrebatado amor.)*

BAUTISTA

No está triste; se ríe...

BERNARDA

Dale un beso en la mano, que no se enfada...

MADALENA

¡No, no, no, miserable de mí! *(Retrocede sin levantarse, y habla al Niño un poco de lejos.)* ¡Tarde te encuentro, fuente de limpio amor; tarde te encuentro, cuando ya está apagada la lámpara, y el hogar sin lumbre! ¿Qué te daré yo? ¿Qué te diré yo, si he profanado todas las palabras y he envilecido todos los amores? *(Con desolación.)* ¡No te quiero mirar con estos ojos, no puedo levantar a ti estas manos, no te puedo nombrar con esta boca! *(Se echa hacia atras y cae en brazos de las otras mujeres, que la recogen y se la llevan.)*

*(Se oye la voz del Sacerdote que grita dentro.)*

SACERDOTE

¿Dónde están? ¿Dónde están? *(Entra. Es hombre de unos cincuenta años. Trae sotana y balandrán miserables, pardos, raídos, casi andrajosos; grandes botas que, evidentemente, no son suyas, sin embetunar, rotas, con suelas y tacones desgastados. La cabeza, cubierta únicamente con el solideo. El cabello, gris, áspero y revuelto. No trae alzacuello ni puños de camisa; en la sotana le faltan botones. El rostro, demacrado, de gran nobleza y varonil hermosura; los ojos fosforescentes, de místico, a ratos de extremada dulzura, a ratos ardiendo en fuego apasionado. La caridad, que como hoguera le consume, es arrobamiento cuando habla al Niño y a la Virgen; ruda fraternidad cuando se dirige a los pobres.)* ¿Dónde están? (*Busca con la mirada, con esperanza y ansiedad.*) ¡He visto el resplandor en la no-

che, y he temblado de júbilo! (*Viendo a la Virgen y al Niño.*) ¡Oh, hermosura antigua y siempre nueva, al fin te contemplan estos turbios ojos! (*Se pasa las manos violentamente por los ojos, como para rasgar las últimas nieblas de lo material. El grupo, al entrar él, se ha apartado un poco, para dejarle paso. Quedan únicamente junto a la Virgen, la Bernarda y Bautista, y, en mitad de la escena, tirada en el suelo, la Madalena. El Sacerdote se acerca a la Virgen con seriedad apasionada y sonriente, como un amigo que encuentra al amigo, con las temblorosas manos tendidas y levantadas, en la actitud sacerdotal de implorar la gracia de lo alto, antes de volverse a bendecir al pueblo.*) Creador del mundo, Legislador del mundo, Redentor del mundo... ¡Tú que tantas veces te has dignado bajar desde el cielo a estas manos, consiente que estas manos acaricien tu rostro de niño! (*Ha ido adelantando mientras habla, y, al decir la última palabra, se deja caer de rodillas a los pies de la Virgeu, y se queda en actitud de acariciar, pero sin llegar a tocar el rostro del Niño, contemplándole con embeleso, olvidado de cuanto le rodea.*)

BERNARDA

*(Confidencialmente a la Virgen, acercándose a su oído para hablarla.)* Es don Manuel... el cura loco...

BAUTISTA

*(También confidencialmente a la Virgen.)* Diga usté que ya no es cura, Señora, que no dice misa...

BERNARDA

Porque no le dejan... pero da a los pobres tó lo que tiene...

BAUTISTA

*(Sin levantar la voz, porque respeta la contemplación del sacerdote.)* Cuando era cura de verdá, siempre andaba por los lavaderos y por los tejares, y de noche a la puerta de las tabernas, y predicaba en mitá de la calle, y decía que Dios estaba dando voces y que nadie le oía.

BERNARDA

Y ahí, en la cabecera del puente, levantó un barracón de tablas viejas pa arrecoger golfas y randas por la noche.

BAUTISTA

Y salía a pedir por los merenderos pa darles de cenar.

BERNARDA

Y estaban toas loquitas por él...

BAUTISTA

Y una, que era la mar de desahogá, se le encontró un día a la puerta de la iglesia, que iba con el Obispo, y fué y le plantó un beso.

BERNARDA

Y le arrecogieron las licencias...

BAUTISTA

Quié decirse que le limpiaron el comedero.

SACERDOTE

*(Hablando al Niño, con amor entrañable.)* ¡Te he buscado esta noche en el templo... y no estabas... te he buscado por toda la ciudad, llena del ruido de tu nombre... y no estabas tampoco!... ¡Y te vengo a encontrar, Rey pacífico, junto a estos pobrecillos hambrientos y desnudos... junto a estas ovejuelas sin pastor!... ¡Oh, corazón sediento! Perdona a este necio ministro el haberse engañado al buscarte, el no haber alcanzado a comprender que esta noche tu amor no podía olvidarse del establo frío, del pesebre mísero, del puñado de paja en que viniste al mundo! *(Levantándose, y hablando con exaltación a los demás.)* Y vosotros, ¿qué hacéis que no saltáis de gozo? ¿Para cuándo guardáis la alegría? ¡El Señor ha venido a buscaros; ha dejado su templo por vosotros; se ha mostrado a vosotros, para que, viéndole, no tengáis más remedio que creer en Él, para remediar la torpeza de los que no sabemos enseñaros su nombre!... ¿Estáis mudos?... ¿Estáis ciegos aún?... ¿No sentís en el pecho una esperanza nueva, un calor milagroso?

GOLFO

*(Un poco turbado.)* ¡Sí que es verdá, que tié uno los pies encima la nieve, y está cayendo escarcha, y se hiela el aliento, y no tié uno frío!

SACERDOTE

¡Es noche de prodigios! ¡Alegraos! ¡No dejéis que el milagro sea inútil! ¡No consintáis que la Madre y el Hijo, después de haber estado aquí, se vuelvan a marchar y os dejen solos!... ¡Acercaos! ¡Apretaos contra ellos! ¡Detenedlos!

MADALENA

*(Con inquietud.)* Vienen... vienen...

BAUTISTA

*(Muy alarmado.)* ¿Quién viene?

MADALENA

No sé... pero se acercan... oigo pasos... ¡Ya están ahí!...

*(Aparece por el fondo un reducido grupo de gente. Se les ve muy confusamente. Son el sacristán viejo que ha recorrido la iglesia en el primer cuadro, otro sacristán joven y unos cuantos acólitos de los que han servido el altar durante la Adoración. Traen faroles. Vienen vestidos con sus sotanas y sobrepellices; pero han echado sobre ellas, a toda prisa, abrigos, capas o bufandas, y tiemblan con el frío de la noche... Se detienen en el fondo, sorprendidos y atemorizados por el grupo de gente, pero sin ver a la Virgen ni al Niño, aunque los tienen delante.)*

SEÑÁ UBALDA

Se paran... paece que les da miedo...

SACERDOTE

¿Quién va?

SACRISTÁN

*(Temblando y sin adelantar.)* Gente de paz.

SAN FRANCISCO

*(Adelantándose.)* ¿A quién buscáis?

SACRISTÁN

*(Que al ver al Santo se tranquiliza, por el hábito.)* ¿Un fraile? ¡Menos mal!

SAN FRANCISCO

*(Con majestad.)* ¿A quién buscáis?

SACRISTÁN

*(Adelantando del todo y hablando con agitación.)* Pues venimos buscando... con perdón sea dicho... a la Santísima Virgen de Belén... una imagen que vale un dineral... con perdón sea dicho... reverendo padre... antigüísima... milagrosísima... reverendo padre... una talla del siglo XVII... que han querido dar por ella no sé qué millonada de libras esterlinas para un museo inglés... con perdón sea dicho... Ya su reverencia la conocerá... la que está en el altar mayor de la catedral... reverendo padre... es decir, la que estaba... porque... no sé cómo decirlo... reverendo padre... porque... esta noche... ¡ha desaparecido!

SAN FRANCISCO

*(Sonriendo.)* Y, ¿por qué la buscáis aquí?

SACRISTÁN

*(Mirando en derredor con cierto miedo, y confidencialmente al Santo.)* ¡Ay, reverendo padre!... porque... con perdón sea dicho... a estos barrios viene a parar todo lo que se pierde de mala manera... ya su reverencia me entiende...

OBRERO

*(Adelantándose, con malos modos.)* ¡Quié decirse que usté se figura que la hemos robao!

SACRISTÁN

*(Lleno de susto.)* No, no, no... no me figuro nada... usted perdone..., pero, por el amor de Dios... *(Dirigiéndose al grupo que le mira con curiosidad, entre divertida y hostil.)* si la han visto ustedes... si sospechan ustedes dónde pueda estar..., indíquenme ustedes... tengan la caridad de indicarme... yo daré al que sea una buena gratificación...; ¡porque, si no parece, me pierdo, reverendo padre... con perdón sea dicho... me pierdo!

SAN FRANCISCO

*(Sonriendo.)* ¿Tú? ¿Por qué?

SACRISTÁN

*(Contrito.)* Porque servidor ha tenido la culpa... sí,

LA HUÍDA A EGIPTO

reverendo padre..., servidor es el encargado de la última requisa del templo..., y esta noche... lo confieso reverendo padre... por ser la noche que es... tal vez he abusado un poco del zumo de la vid... y... me he dejado abierta la puerta lateral de la segunda nave... Por allí han entrado sin duda los ladrones... a no ser que se hayan quedado escondidos después de la misa del Gallo en los confesonarios. ¡Esta gente no respeta nada!... Estoy perdido, reverendo padre; si no parece antes de amanecer, estoy perdido... ¡Y que tenía puestas todas las joyas!...

*(En este momento, los acólitos, más inocentes que el Sacristán, ven a la Virgen, y prorrumpen en gozosas exclamaciones.)*

ACÓLITOS

*(Con alegría.)* ¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Señor Nepomuceno, que está aquí!

SACRISTÁN

*(Aturdido, sin ver.)* ¿Dónde... dónde?

SAN FRANCISCO

*(Cogiéndole por un hombro con caridad, y poniéndole frente a la Vigen.)* Delante de los ojos la tienes, ciego, ¿y no la ves? ¿Has vivido junto a ella tantos años, y aun no la conoces?

SACRISTÁN

(*Admirado primero y escandalizado después.*) ¡Señora!...

¿Vos aquí?... ¿En este barrio?... (*Con supremo desdén.*) ¿Entre esta gente?

OBRERO

(*Acercándose, amenazador.*) ¡Oiga usté, esta gente semos tan hijos de Dios como usté... o pué ser que algo más!

SACRISTÁN

(*Asustadísimo.*) Usted perdone... no he querido ofender... caballero...

OBRERO

(*Hosco y complacido en asustarle.*) No soy caballero, ni falta que me hace; pero tengo unos puños que ni hechos de encargo pa acogotar murciélagos.

SACRISTÁN

(*Con terror, cogiéndose al hábito de San Francisco.*) ¡Ay, reverendo padre!

SAN FRANCISCO

(*Con dulzura.*) ¡Paz... paz! (*Al Obrero.*) No enturbies con tu ira el divino esplendor del milagro, que Dios hace por ti... (*Al sacristán, con más energía.*) ¡Y tú, respeta el misterio de amor que no comprendes!

SACRISTÁN

(*Aun no muy tranquilo.*) Pero es que...

SAN FRANCISCO

(*Con majestad serena.*) La Señora ha venido a *este* barrio, en busca de *esta* gente, por su voluntad. Nadie ha robado la imagen de tu templo... acaso faltó en vuestro altar la ofrenda que el Niño más ambicionaba.

SACRISTAN

(*Ofendido.*) ¡Pero si está la catedral hecha un ascua de oro! ¡Y no sabe su reverencia lo que se ha gastado este año en incienso! Como con la guerra dicen que no se atreven a venir los barcos de Oriente, ha subido una atrocidad.

SAN FRANCISCO

(*Sonriendo con misericordia.*) ¡Oro... incienso!... ¡Ya lo decía yo! Faltaba el manojito de mirra.

SACRISTÁN

(*Sin comprender.*) ¿De mirra?

SAN FRANCISCO

(*Con caridad.*) Sí, hijo, sí... de mirra.. La mirra es amarga... La mirra es el hambre y el frío... es el desamparo y la desolación... es la pobreza y la ignorancia... la amargura del mundo (*Señalando al grupo.*) que está aquí... ¡Esa es la ofrenda que han echado de menos la Madre y el Hijo, y por eso han salido a buscarla, pisando nieve!

SACRISTAN

(*Volviendo a lo suyo.*) Pero es que si no vuelven, ¿qué va a ser de mí? (*A la Virgen, con devoción y naturalidad, porque él mismo no se da cuenta de su egoísmo.*) Señora... volved al templo... Hoy es Navidad... habrá Misa solemne... de pastorela... Ya está todo listo... los cirios... las flores... ¿Qué dirán vuestros fieles si no os encuentran? (*La Virgen permanece impasible.*) ¡Mirad, Señora... que estará lo mejor de la ciudad! (*Muy convencido de la importancia del argumento.*) ¡Como que la entrada es por papeleta!... ¡Y qué música, Señora, qué música!... ¡Y el sermón!... ¡Veinte duros cuesta!... ¡Y quinientas pesetas los cantores! (*La Virgen continúa impasible.*) ¡Y que han mandado los mejores tapices de palacio para cubrir las puertas!... ¡Y que se inaugura la calefacción central!... ¡Y el órgano eléctrico! Porque dice el señor mayordomo de fábrica que no quiere que digan en los mitins que los representantes de la tradición somos los enemigos del progreso... (*Un poco desesperado al ver que su relación de esplendores no conmueve a la Virgen.*) ¡Venid, Señora!... (*Se arrodilla.*) ¡Dejaos rogar por este humilde sacristán vuestro! ¡Ved que, si no volvéis, me pierdo, Señora! (*Con emoción.*) Creerán que soy cómplice... que os he robado yo... ¡Volved, reina y Señora mía! ¡Volved, Señora!

(*La Virgen se pone en pie. Movimiento de honda expectación y rumor sordo en todo el grupo.*)

UNOS

¡Se levanta!

OTROS

¡Se marcha!

OTROS

¡Nos deja!

SACERDOTE

(*Con calor.*) ¡Clamad, pedid; no dejéis que os la quiten!

SEÑA UBALDA

¡La vienen a buscar de parte los ricos!

MENDIGO

¡De los que han dao los cuartos pa hacer las iglesias!...

SACERDOTE

(*Con ansiedad.*) ¡No importa! ¡Clamad, implorad! ¡Señora, Madre nuestra, no nos dejes huérfanos! ¡Hijo de Dios, no nos abandones!... ¡No somos nadie! ¡No tenemos nada! ¡Nuestra miseria clama por nosotros!

SENÁ UBALDA

(*A la Madalena, que sigue de rodillas.*) Diles algo, mujer, tú que sabes hablar a lo fino...

MADALENA

(*Sollozante.*) ¡Desde lo más hondo de nuestro pecado, clamamos a ti!

BERNARDA

¡Ahora que les queremos a ustés tanto, nos van ustés a dejar!

SACERDOTE

¡Clamad, implorad! ¡Hijo de Dios, por tu pobreza, por tu oprobio, por la afrenta de tu cetro de caña, por la infamia de tu muerte entre dos ladrones!... ¡Aquí están los leprosos, los ciegos, los tullidos, los perrillos que aguardan las migajas que caen de tu mesa! (*La Virgen adelanta un paso.*)

OBRERO

(*Rudamente.*) No se canse usté más... ¿Cómo nos va a hacer caso, si no tenemos na que ofrecerles?

SACERDOTE

¡No nos dejes, Señor!

SEÑÁ UBALDA

(*Con dulzura, a la Virgen.*) Váyase usté, Señora, váyase usté, que usté tié su casa, y aquí hace demasiao frío pal Niño.

OBRERO

De tós modos, gracias por haber venido, aunque no sea más que de paso...

GOLFO

(*Con rubor.*) Se estima la fineza... y no se olvidará...

UN DESCANSO DURANTE LA HUÍDA A EGIPTO

NICASIA

(*Limpiándose los ojos con el delantal, con mezcla de dolor y de rabia.*) ¡Pa esto más valía no haberles conocío a ustés nunca!

SACRISTÁN

(*Cogiendo el manto de la Virgen por un lado, como si fuera la capa pluvial del Celebrante.*) Vamos, Señora, vamos. (*Con desprecio, al grupo.*) ¡Apartad vosotros!

SACERDOTE

(*Tirándose al suelo delante de la Virgen.*) ¡No, no, no! (*Al grupo.*) ¡Arrodillaos todos... clamad conmigo! (*Todo el grupo se arrodilla. La Virgen da un paso más.*) ¿Os vais, Señora? ¡Nos dejáis, Señora! ¡Miserable de mí, que no sé ni merezco deteneros!

SAN FRANCISCO

(*Inclinándose hacia él, y poniéndole una mano en el hombro.*) ¿También tú dudas, hombre de poca fe?

EL GRUPO

(*Tendiendo las manos hacia la Virgen.*) ¡Señora, no nos olvide usté! ¡Vuelva usté por aquí alguna vez! ¡No deje usté que nos olvide el Niño!

(*La Virgen se adelanta hacia el grupo, levantando al Niño entre las dos manos, y le deja caer sobre el grupo muy lentamente. La señá Ubalda le recoge, dando un grito de*

*júbilo, y se levanta inmediatamente. Todos se levantan tras ella, locos de alegría.)*

LA VIRGEN

*(Entregando al Niño.)* ¡Tomadle... es vuestro!

SEÑÁ UBALDA

¡Ha dicho es vuestro! ¡Es nuestro! ¡El Niño es nuestro! ¡Oíd... es nuestro!

TODOS

*(Rodeando en torbellino, con maravilla, gozo, temor y orgullo.)* ¡Es nuestro! ¡Es nuestro!

*(La Virgen, sonriente y feliz, se retira a un lado con su corte de ángeles y San Francisco.)*

SACERDOTE

(*Uniéndose al grupo, delirante de gozo.*) ¡Sí, es vuestro! ¡Es vuestro Cristo! ¡Llevadle en alto! ¡Entrad con Él en la ciudad! ¡Que el mundo entero le vea en vuestras manos! ¡Es vuestro Cristo! ¡Es vuestra bandera! ¡Levantadla! ¡Aclamadla! ¡Defendedla! ¡No consintáis que la tengan por suya, que la levanten contra vosotros los que os oprimen, los que os explotan, los que os niegan el pan del cuerpo y del espíritu! ¡Cristo ha nacido por vosotros! ¡Su pobreza es vuestro tesoro! ¡Su ley vuestra justicia! ¡Cristo es vuestro, es vuestro! ¡Pedid con Él! ¡Juzgad con Él! ¡No consintáis que después de haberos quitado la tierra, os quieran cerrar las puertas del cielo!

EL GRUPO

(*Alejándose y rodeando todos a la mujer que llevá al Niño en brazos.*) ¡Es nuestro! ¡Cristo ha nacido por nosotros! ¡Es nuestro!

SACRISTÁN

(*Aterrado.*) ¿Qué habéis hecho, Señora? ¡Se le llevan! ¡Nos quedamos sin Él!... ¡Volved, Señora... volved siquiera vos... el Niño... ya nos arreglaremos... quitaremos el suyo a San José o a San Antonio... pero volved, Señora!

SAN FRANCISCO

(*Separándole de la Virgen.*) ¡Ciego incurable... cabeza de piedra berroqueña! Vuelve a la ciudad... echa a vuelo todas las campanas... abre de par en par las puertas del templo, y deja entrar en él a todo el que llegue... ¡que quien de corazón vaya buscando al Hijo y a la Madre, allí os hallará!

(*Le empuja suavemente, y le obliga a alejarse por el fondo. El Sacristán se marcha, volviendo a cada paso la cabeza, no muy convencido a pesar de todo lo que ha visto, de que el prodigio que le prometen pueda realizarse. Los acólitos, como chiquillos aficionados a todo lo que es ruido se han marchado con el grupo que se lleva al Niño. La Virgen vuelve a sentarse en su humilde trono de piedra, rodeada de su corte de ángeles. San Francisco se arrodilla a sus pies, y hablan serena y familiarmente. Durante la celestial conversación, vuelve a sonar la música, hasta que cae el telon.)*

LA VIRGEN

Francisco...

SAN FRANCISCO

Señora...

LA VIRGEN

¡Se llevan al Niño!

SAN FRANCISCO

Señora, ¿es que os pesa haberle entregado?

LA VIRGEN

No puede pesarme porque es cuenta suya...
Soñaba esta noche, dormido en mis brazos...
Soñando decía:—¡Hoy es Nochebuena!
No están mis pastores... ¿Por qué no han llegado?
Sin duda, la nieve borró los senderos...
¡Se me habrán perdido!... ¡Vamos a buscarlos!
—La noche está oscura!...—¡Se enciende una estrella!
—¡Da miedo el camino!...—¡Iremos cantando!
—¿Y si están dormidos?... —¡Tiraré una piedra!...
Les dará en el pecho... quedarán llagados
Con llaga de amor, que sólo amor cura...
¡Yo abriré la herida!.. ¡Yo sabré sanarlos!

(*Pausa: se oye el toque a maitines en una torre de convento de monjas. Es el toque de las dos de la madrugada.*)

LA VIRGEN

Francisco...

SAN FRANCISCO

Señora...

LA VIRGEN

Tocan a maitines...
¿Quieres que recemos?

SAN FRANCISCO

(*Con admiración.*) ¡Señora... con Vos!

LA VIRGEN

¡Por los engañados, por los perseguidos,
Por los que padecen miseria y dolor,
Por los caminantes que tuercen la senda,
Por los navegantes que el viento arrastró,
Por los deshonrados, por los pecadores,
Por los que desvelan el sueño de Dios!

(*Mientras la Virgen reza, cae lentamente el telón.*)

LA ADORACIÓN DE LA VIRGEN

# FLORILEGIO DE NAVIDAD

# I

## VILLANCICO DEL NIÑO QUE QUIERE SER HOMBRE

¡Señor Dios, te has hecho niño!
¡Yo ya no lo quiero ser!
¡Señor Dios, quiero ser hombre,
Y quiero querer!

¡Quiero tener una espada!
¡Quiero ser rey!
¡Quiero marchar a la guerra
Y hacer la ley!

¡Quiero descubrir un mundo
Y le quiero conquistar!
¡Quiero en un barco pirata
Ser dueño del mar!

¡Señor Dios, dame tu cetro!
¿Qué te importa a ti?
Tú eras rey, te has hecho niño...
¡Dame el reino a mí!

## II

### VILLANCICO DEL QUE HA PERDIDO LA ESPERANZA

¡Nace en mi corazón,
¡Oh esperanza perdida,
Que fuiste como el alma de mi vida!...
¡Vieja canción dormida,
Suena en mi corazón!

¡Surte en mi corazón,
Fuente, la fuente aquella
Que oíste el juramento y la querella!
¡Oh, diamantina estrella,
Luce en mi corazón!

¡Canta en mi corazón,
Alondra que solías
Despertarme al amor aquellos días!...
¡Rosal que florecías,
Brota en mi corazón!

Ya no recuerdo el nombre que te daba;
Ya no sé si eras flor o eras lucero.

Sé que este corazón que te guardaba
Está vacío, y sé que no te espero...
Sé que ya nunca es pronto y nunca es tarde,
Que ya no hay hora para mi porfía...
Y, aunque te he dicho: ¡adiós!, soy tan cobarde
Que quisiera esperarte todavía...
¡Alondra, fuente, estrella de otros días,
Razón o sinrazón!
—¡Ha nacido el Mesías!—
¡Nace en mi corazón!

## III

### VILLANCICO DE LAS MADRES QUE TIENEN A SUS HIJOS EN BRAZOS

¡Dulce Jesús, que estás dormido!
¡Por el santo pecho que te ha amamantado,
Te pido
Que este hijo mío no sea soldado!

Se lo llevarán
¡Y era carne mía!
Me lo matarán
¡Y era mi alegría!
Cuando esté muriendo,
Dirá: ¡Madre mía!
Y yo no sabré
La hora ni el día...

¡Dulce Jesús, que estás dormido!
¡Por el santo pecho que te ha amamantado,
Te pido
Que este hijo mío no sea soldado!

## IV

### VILLANCICO DE LAS NOVIAS ABANDONADAS

Juraron que nos amaban
¡Y era mentira, Señor!
Su juramento olvidaron
Cuando cortaron la flor...
Una mañana de gozo,
¡Cuántas noches de dolor!

El clavel de nuestras bocas
Ha perdido su color.
Ellos se fueron riendo...
¿Y esto era el amor?

¡Dulce Amador, tú no engañas,
Y, si haces sufrir,
En la pasión acompañas,
Fiel hasta morir!

Tú prometes sufrimiento
Cuando das tu amor:
Son tus favores tormento,
Y tus regalos dolor.

Mas, ¡bendita tu promesa
Porque es cierta y es así!
¡Señor, siéntame a tu mesa!
¡Señor, acércate a mí!
Que nunca pidió alegría
Amor de mujer;
Sino amante compañía
En que padecer.

## V

### VILLANCICO DEL QUE LLEVA EL PESO DE SU CULPA

Traigo los pies sangrando,
Y el corazón rendido...
¡Qué larga la jornada
Y qué áspero el camino!

Se me ha olvidado el nombre
De aquel pecado mío;
Pero él de mí se acuerda,
Y va siempre conmigo.

La fuente se ha secado
Porque en ella he bebido,
Y el arroyo se enturbia
Si en sus aguas me miro...

Reñían dos serpientes
A orilla del camino.
Quise reconciliarlas:
Contra mí se han unido.

En la rama de un árbol,
Cantaba un pajarillo.
Detúveme a escucharle:
¡Huyó despavorido!

Pide toda la tierra
Venganza a mi delito.
¡Jesús, hijo del Hombre,
Olvídale conmigo!

Con lágrimas de sangre,
al portal he venido.
¡Laven mi vieja culpa
tus lágrimas de niño!

## VI

### VILLANCICO Y OFRENDA DEL POETA

¡Señor, Señor, no tengo más consuelo
Que estas palabras vanas
Que, en la torre insensata de mi anhelo,
Vibran como tañido de campanas!
El viento se las lleva hechas jirones.
—¡Niebla que se desgarra en los peñones!—
¡Cuán vanamente flotan,
Cuán gárrulas rebotan
Sobre el mar tan azul, en la falena
Negra como mi pena!...
¡Esta pena insolente y mal nacida
Que no tiene perfume ni medida!
¡Señor, Señor, no tengo más tesoro
Que estas menguadas lágrimas que lloro:
Los pobres versos, en que voy quemando
La mirra que el destino me va dando!

*—¡Mirra me da el Rey Mago,*
*Y Yo le doy mi paraíso en pago!—*

¡Bendita sea, oh Dios recién nacido,
La estrella que a tus plantas me ha traído!
¡Señora, tú por quien al mundo nace,
Pídele que mi ofrenda no rechace!

Licor de llanto en barro mal labrado,
Espinas de las rosas de un cuitado
Que, por vergüenza de sus propias penas,
Ha ido poniendo en verso las ajenas.

ESTE LIBRO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR

EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA

DE MADRID

EL 15 DE DICIEMBRE

DE 1916

LS
M3871n
153132
Author Martínez Sierra, Gregorio
Title Navidad, milagro en tres cuadros, música de
de Turina.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU